

Bill de Caledonia

¿Dónde estuvo?

Relatos históricos del 17 de octubre de 1945

Luego de los eventos del 17 de octubre se publicó el texto Donde estuvo?

Con la firma de Bill de Caledonia.

Según Fermín Chávez, ése era el nombre de uno de los perros de Perón y el autor del folleto sería el mismo general Perón, quien habría contado con la colaboración de Francisco Muñoz Aspíri y Blanca Luz Brum.

¿Dónde estuvo?

(El pueblo que el 17 de Octubre preguntaba al coronel Perón con gran insistencia: ¿Dónde estuvo?, tiene aquí una amplia respuesta.)

Las ambiciones del coronel Perón

La falsedad y la ingratitud, flores lozanas de estos tiempos de pasión, han hecho soñar a medias las trompetas de la fama. Espero dar aquí, la información que capciosamente se calla y sin la cual será inútil que muchos quieran explicar algunos episodios de esta revolución.

Para hacerlo, nada mejor que seguir la actuación del coronel Perón en las intimidades de los hechos, grandes y pequeños; que fueron verdaderamente trascendentes.

Habrá también mucha gente que querrá saber por qué el coronel fue vicepresidente, por qué fue ministro de Guerra y por qué fue secretario de Trabajo y Previsión, como asimismo qué beneficios personales le acarrearón estos cargos acumulados.

Todo eso lo diremos y desafiamos a cualquiera a que desmienta una sola afirmación que, sobre los hechos, haremos en estas páginas.

El coronel Perón aparece en el escenario

Producida la Revolución del 4 de junio de 1943, aparece indefinidamente proyectada la figura del coronel Perón y cobra relieve desde la jefatura de la Secretaría del Ministerio de Guerra. Allí estructura un minucioso plan de aumento y modernización del Ejército; es la aspiración de cincuenta años que vive y palpita en el corazón de los verdaderos soldados de la República.

La situación del mundo es grave, una atmósfera densamente brumosa obscurece el horizonte internacional. La Argentina tiene un Ejército pigmeo, desnudo, desarmado y en plena descomposición moral. Algunos generales, por primera vez en la historia del Ejército Argentino, han sido enjuiciados y condenados por delitos comunes, arrastrando en su caída a numerosos jefes y oficiales. Sucede un caso, también por primera vez en la historia del Ejército Argentino, de alta traición, que arroja a un jefe a Tierra del Fuego. Es que las instituciones militares de las democracias son reflejo de lo que sucede en la Nación misma, y los países, las instituciones y los ejércitos, comienzan a descomponerse, como el pescado, por la cabeza.

Si grave era lo cualitativo, no era menos grave lo cuantitativo: la dotación, los alojamientos, etcétera, del Ejército. En momentos internacionales extremadamente difíciles, 35.000 hombres descalzos y harapientos; unidades enteras donde los soldados salían francos con ropas civiles, porque no había suficientes uniformes en buen estado para proveerles; el tiro de la infantería reducido a la mitad de las condiciones porque no se disponía de munición por falta de pólvora, a pesar que hacía largos años dormía, herrumbrándose en sus cajones, una fábrica de pólvora comprada en Europa; no se fabricaba en el país un solo gramo de explosivos; no se había fabricado aún un solo proyectil para artillería; muchas tropas vivían en taperas o en carpas por falta de alojamiento adecuado; los equipos no alcanzaban ni siquiera para la dotación del minúsculo ejército de que se disponía; tres cuartas partes del

país estaban desguarnecidas de tropas; una aeronáutica que no podía mantener en vuelo ni siquiera treinta aviones; una fábrica de aviones semiabandonada que a pesar de haber costado muchos millones, no había producido sino reparaciones y algún avión que otro, y gran número de deficiencias que sería largo de enumerar aquí.

En un año y medio de incesante trabajo que honra al Ejército, todas las deficiencias fueron subsanadas en forma absoluta; lo saben bien los jefes y oficiales, aun cuando no podamos consignar aquí los detalles por razones del secreto militar. Ello afirmó el prestigio del coronel en la seguridad de los hechos fehacientes.

Siendo jefe de Secretaría del Ministerio de Guerra, un día hace llegar a la Presidencia, por interpósitas personas, un pedido: quería hacerse cargo del Departamento Nacional del Trabajo. Esta aspiración causó gracia en cierta medida.

Muchos rieron francamente de la ocurrencia, pero pocos sabían adónde iba el coronel con esta, al parecer, peregrina idea. Era la primera vez que el coronel pedía ser algo y el Gobierno lo nombró. Inmediatamente fue puesto en posesión del cargo por el propio general Ramírez a la sazón presidente de la República.

Tres meses después había desaparecido el Departamento, para ceder su lugar a un organismo nuevo, la Secretaría de Trabajo y Previsión, que proyectaba sus dictados de justicia social a toda la República. Los trabajadores argentinos estaban frente a una nueva era de liberación y de reivindicaciones sociales. Los hechos posteriores muestran elocuentemente que desde allí se ha ejecutado una verdadera y profunda reforma social en todo el país.

2. Por qué fue ministro de Guerra el Coronel

En este episodio de su vida pública, preferimos transcribir de sus memorias, sus propias palabras:

“Corrían días difíciles para la Revolución –dice el coronel–. El general Ramírez había renunciado y el general Farrell, en su carácter de vicepresidente, se había hecho cargo del Gobierno.

“Personalmente deseaba dedicarme por entero a la Secretaría de Trabajo y Previsión, a fin de influir en cualquier forma sobre la parte constructiva de la Revolución que, para mí, fincaba en tres grandes reformas de fondo: la reforma rural, la reforma industrial y la reforma social ya en marcha.

“Siendo así, desde el primer momento, aconsejé al nuevo presidente nombrar a un general como ministro de Guerra, proposición con la que estuvo completamente de acuerdo, prometiéndome hacerlo así. Con ello pensábamos que se afirmaría la disciplina que poco a poco habíamos ido reconstituyendo desde el Ministerio de Guerra, para regularizar una situación alterada por la Revolución.

“Cuando los jefes se enteraron de ello se pusieron en movimiento y con el general Avalos a la cabeza pidieron al presidente Farrell que el coronel Perón fuera designado para desempeñar la cartera vacante.

“Finalmente, después de algunos cambios de opiniones, el general Farrell aceptó y le hice presente que no convenía al gobierno tal nombramiento. Acosado por los jefes que insistieron de toda manera y llegaron hasta decirme: ‘Mi coronel, usted nos ha metido en esto y no puede negarse a ser nuestro ministro’, tuve que aceptar la imposición y hacerme cargo del Ministerio.

“Todos los hechos anteriores pueden ser atestiguados por el propio general Farrell y por todos los jefes de la Primera División del Ejército, los de Campo de Mayo, del Ministerio de Guerra y muchos otros.”

Esta primera ambición de que se acusa al coronel, es conveniente cargarla a la cuenta de otros, pues como vemos se trata de un caso de “ambición a la fuerza”.

3. Por qué el Coronel fue Vicepresidente

Como en el caso anterior, preferimos sacar de sus memorias, la explicación de este suceso:

“Corrían los días un tanto plácidamente desde que el general Farrell ocupara la primera magistratura. Varias veces habíamos conversado los dos sobre la necesidad de designar un vicepresidente. Mi opinión, y así insistí siempre ante él, era que debía designarse al almirante Teisaire, a fin de que la Marina tuviera su representación. El general encontró atinada la idea y lo decidió así. Recuerdo que confidencialmente llegué hasta felicitarlo al buen amigo Teisaire.

“Pasaron unos días después de tomada la decisión y el general me llamó para decirme que los jefes creían que yo debía ser el vicepresidente y recuerdo que contesté al general: Yo no acepto.

“Nuevamente, como había pasado en el caso de mi designación de ministro, llegaron hasta mí los jefes y el general Avalos para pedirme que depusiera mi intransigencia y aceptara, en razón de convenir que un hombre de la Revolución quedara al frente del Gobierno en el caso que llegara a faltar el general Farrell. Resistí insistentemente manifestando a los jefes que no querría aparecer como un ambicioso que andaba a la pesca de figuración y que ellos me estaban haciendo figurar como lo que no era. Finalmente rehusé aceptar. En esos días se pensaba modificar el gabinete y yo presenté mi renuncia como ministro de Guerra. Desconozco qué gestiones se realizaron, pero a los pocos días me llamó el general Farrell y me pidió que aceptara la vicepresidencia. No me quedó otro remedio.

“Cuanto manifiesto aquí, puede ser atestiguado por el propio general Farrell, por los jefes de la Primera División de Ejército, los de Campo de Mayo, del Ministerio de Guerra y muchos otros.”

Elocuentes son las palabras del coronel que pueden ser corroboradas por tanta gente responsable. Este, como el anterior, es otro caso de “ambición a la fuerza”.

4. Las presiones para una candidatura

También de esto habla el coronel en sus memorias. Oigamos su palabra simple y llana, ya que, como ha dicho él mismo, la verdad habla sin artificios.

“Yo fui el primero en condenar una candidatura oficial. Cuando aparecieron los primeros indicios que me sindicaban como tal candidato, recuerdo que una noche, reunidos en casa con el teniente coronel Mercante, tratamos largamente la cuestión y resolví finalmente poner fin a las especies circulantes, con una declaración decisiva en la que negaba en forma absoluta la veracidad de tales afirmaciones y desautorizaba a quien girara mi nombre en tal sentido, condenando abiertamente la posibilidad de candidaturas oficiales que representarían la continuidad del gobierno como imposición del mismo y no de la voluntad popular, dentro de la cual el Ejército jugaba su rol como fuerza también popular. Esa declaración clara y terminante la mandé esa misma noche a los diarios y fue publicada al día siguiente en todos ellos.

“No faltó quien dijera que esa declaración me había sido impuesta y arrancada por alguien a altas horas de la noche; nada más absolutamente falso. No soy hombre de dejarme imponer nada. Fue completamente espontánea y personal y con anterioridad a su publicación, sólo fue conocida por el teniente coronel Mercante. Quien afirme lo contrario, miente.

“Las palabras del señor presidente, en la Comida de Camaradería del 6 de julio de 1945 en el salón Les Ambassadeurs a las que algunos mal pensados e intrigantes atribuyeron una intención aviesa del general para conmigo, se aclararán si declaro aquí –y recorro al propio testimonio del general Farrell– que le fueron sugeridas por mí.

“En efecto: la promesa de convocatoria para antes del 31 de diciembre sin candidato oficial; que el candidato sería el que eligiera el pueblo; que el Ejército no comprometería su seriedad ni intervendría en política; como asimismo que se asegurarían comicios absolutamente limpios, fueron sugerencias mías que el general escribió mientras se las decía, el día 5 de julio, en su propio despacho a las 12 y 30 horas; es decir, el día antes de la comida.

“De acuerdo conmigo el señor general aceptó casi las mismas palabras que le sugerí, las introdujo en su discurso y las pronunció en la mencionada oportunidad.

“Pasó el tiempo y yo me mantuve en esta tesitura prescindente, a pesar de todos los que “me hicieron el amor” para “embarcarme” en una u otra tendencia. Llegó a mi mesa de trabajo la más abigarrada procesión de “vivos” de todas las layas. Unos me decían: ‘Vea coronel, las elecciones se ganan con plata y dirección; nosotros tenemos las dos cosas’. Inflexiblemente les contesté: ‘No tengo interés en la operación’. Estos diligentes oportunistas me ofrecían el “pacto de Fausto”, pero para ello era menester vender el alma al diablo. Para ellos el problema era una elección, para mí era el bienestar y la felicidad de catorce millones de argentinos. Teníamos vísceras diferentes y hablábamos idioma distinto.

“Llegaron también a mí los ‘conciliadores’ y los de la ‘concordancia patriótica’, pero ya sabía bien lo que de-

trás de esos lindos rótulos existía: un deseo incontenible de copar en provecho propio, lo que se había realizado para beneficio del pueblo auténtico y sufriente. Si el pueblo debía decidir por sí su propio destino, era menester esperar su decisión y cualquier componenda era una conspiración en su contra.

“Yo personalmente me acerqué siempre a las masas obreras, que reconozco han sido mi predilección, porque ellas representan el dolor y el sudor de la Patria, y porque soy de los que creen que alguien en el gobierno ha de ocuparse de los que sufren cuando todos se ocupan de los que gozan.

“Reconozco también que me acerqué a los dirigentes políticos que representan auténticamente al pueblo y me separé deliberadamente de los que sólo representan a los que viven para gozar de una vida estéril y vacía. No estoy arrepentido de ello. Por otra parte, como secretario de Trabajo y Previsión tenía en mis manos y bajo mi responsabilidad la justicia social que ambiciono de fondo y no de forma.

“Así pasaron los días hasta que uno de ellos, a las 12 horas, mientras me encontraba en el Ministerio de Guerra empeñado en mis tareas, fui llamado con urgencia por el presidente a la Casa de Gobierno y conducido al comedor del palacio, donde lo encontré reunido con el general Avalos y todos los jefes de unidades de la Primera División de Ejército, Campo de Mayo, algunos de la Segunda División y otros oficiales superiores y jefes que no recuerdo en su totalidad. Allí se había conversado, según supe después, de mi situación y del futuro de la Revolución, como asimismo de la normalización constitucional.

“Llegado al salón, el general Avalos, en presencia del presidente y todos los jefes, se cuadró a mi frente y me dijo más o menos estas palabras: ‘Coronel Perón, pensando en la continuidad de la Revolución, en el futuro régimen constitucional de la normalidad, hemos pedido al señor presidente que se tomen las medidas para que usted pueda ser el candidato a la futura presidencia. Este es el sentir y el deseo de Campo de Mayo y de los jefes aquí reunidos’.

“Terminadas las anteriores palabras, el general Farrell dijo algunas para afirmar que siempre el coronel Perón había sido de su predilección y que tenía el placer en hacerlo presente con la lealtad que invariablemente había observado con su amigo.

“Ya, un poco confuso, me limité a decir: ‘Señores, me cargan ustedes con una enorme responsabilidad, pero si ello es el sentir del Ejército, aceptaré una vez más, porque como soldado me debo a la Patria y la Institución’.

“Así terminó la reunión y nos dispersamos. Y con muchos pensamientos encontrados y no pocas tribulaciones en mi espíritu tan afectado en los últimos tiempos por sensaciones tan diversas.

“Este hecho reproducía numerosas situaciones anteriores en que llegaba a mí la permanente insinuación que siempre había rechazado en todos los tonos, aun frente a una reunión de casi todos los comandos operativos del Ejército –con asistencia del propio general Farrell–, en el despacho presidencial y a la que asistía el ministro del Interior, almirante Teisaire. Mi palabra de orden había sido hasta entonces: ‘que si Juan Pérez hacía la felicidad del país, yo votaría por Juan Pérez’.

“Todo lo anterior puede ser corroborado por el propio general Farrell, por el almirante Teisaire, los comandantes operativos, los jefes de la Primera División de Campo de Mayo, secretario de la Presidencia y otros señores que no recuerdo”.

He aquí otra muestra de esa “ambición a la fuerza” que los detractores han usado frente a un hombre que tenía mucho que hacer para refutar calumnias e infundios y que siempre pensó como los árabes: “que llega tarde a su casa quien se entretiene en tirar piedras a los perros que le ladran en el camino”.

5. Las ganancias del Coronel

La maledicencia que suele ser tan prolífera en épocas de lucha ciudadana, cuando el pueblo alcahuetea y los jueces prevarican, ha lanzado también el venenoso dardo de la calumnia insidiosa y tenaz. ¿Con tantos puestos, cuánto ganará el coronel? Se han preguntado los ingenuos y los farsantes. Yo les contesto: su sueldo de coronel únicamente.

Veamos en detalle el asunto de remuneración: Cuando era jefe de Secretaría del Ministerio de Guerra, además de su sueldo tenía asignado por presupuesto \$ 450 m/n. de sobresueldo, que correspondían al cargo. Al ocupar su puesto llamó al oficial de administración del Ministerio (teniente primero de administración, Generoso Lage)

y le dio la siguiente orden: “Yo no cobraré sino mi sueldo de coronel: Los \$ 450 m/n. de sobresueldo que me corresponden, los reparte usted entre los ordenanzas, peones o empleados del Ministerio que no gocen de sueldo mínimo”. La constancia de que esa orden se respetó, está en el agradecimiento de esos buenos hombres y en los recibos correspondientes en poder del oficial de administración mencionado.

Como ministro de Guerra cobró sólo su sueldo de coronel. Los gastos de representación debió utilizarlos (\$ 600 m/n. mensuales) para hacer frente a diversas obligaciones de su jerarquía y cargo.

Como secretario de Trabajo y Previsión renunció a todo sobresueldo y gastos de representación que le correspondían (pesos 600 m/n.) los que pasaron a engrosar la caja de sueldos renunciados, según se pedía en la nota de renuncia; consta en la Contaduría, al director general de Administración, de la Secretaría de Trabajo y Previsión y al secretario de la Presidencia.

Como vicepresidente de la Nación también hizo renuncia de la partida de gastos de representación (\$ 900 m/n.) los que en la misma forma pasaron a sueldos renunciados según consta a las mismas personas anteriores

Como se ve, este acaparador de puestos –según algunos– durante su acción pública cobró solamente su modesto sueldo de coronel (con los descuentos, en total \$ 1.500 m/n mensuales). Veamos otro aspecto interesante de las “finanzas” del coronel; su cuenta en el Banco de la Nación, agencia 9, N° 3-1106, el 4 de junio de 1943(día de la Revolución) en que saca 1.000 pesos moneda nacional, hay un total de \$ 27.378,78 m/n. que representan sus ahorros de toda la vida. El día 12 de octubre en que se aleja de la función pública, queda en esa misma cuenta un saldo de sólo \$ 2.533,78 moneda nacional.

6. El caso de Campo de Mayo que motivó la renuncia del Coronel

Oigamos cómo lo describe el coronel:

“El día 5 de octubre de 1945 fue nombrado por el presidente, con refrendación del ministro del Interior, como director interino de Correos y Telecomunicaciones, el señor Nicolini. Este funcionario que había comenzado su carrera administrativa como mensajero, había llegado a los altos cargos después de 25 años de servicios honrados y eficientes al país y a la repartición.

“Pocos días antes, una numerosa delegación (1.500 personas) de empleados y obreros llegó hasta la Secretaría de Trabajo para pedir su nombramiento como una expresión de deseos de sus antiguos compañeros. Luego otra delegación, menos numerosa (200 personas), me entrevistó con los mismos fines en la vicepresidencia.

“De acuerdo con mi juicio, que los hombres modestos y formados ‘desde abajo’ deben escalar los altos puestos si los merecen y están capacitados, comisioné a mi secretario para que le hiciera llegar al señor ministro del Interior, junto con los deseos antes mencionados, mi opinión favorable por creerlo de justicia.

“El señor ministro lo nombró.

“El día 7 de octubre, a las 18 horas, el general Avalos llegó a mi domicilio, previo aviso de que quería conversar. Cuando le pregunté: ‘¿Cómo te va?’ ‘Mal –me dijo–, porque el nombramiento de Nicolini ha caído mal en Campo de Mayo’. Yo me limité a contestarle que no deseaba aceptar más imposiciones y que me iría a mi casa, y renunciaría. ‘Bueno –me dijo–, mañana le diré a los jefes que te vas’. ‘Muy bien’ –le contesté. ‘La Revolución se viene abajo’, agregó el general, y se preparó a salir para hablar con el presidente, según me dijo. Yo permanecí en mi casa.

“El lunes 8 de octubre, cité al Ministerio de Guerra a todos los jefes, incluso al general Avalos, para terminar esta cuestión. Reunidos en el salón de recibo, les hablé más o menos de esta manera: ‘Señores, ustedes me han impuesto ser ministro de Guerra, me han obligado a aceptar la vicepresidencia, cargando con una enorme responsabilidad frente al país y al Ejército. De un tiempo a esta parte vengo observando que Campo de Mayo llega hasta el Ministerio con verdaderas imposiciones, que en nombre de ustedes, hace llegar el señor general. Cuando a un hombre se le carga la enorme responsabilidad que ustedes me han impuesto, lo menos que ha de permitírsele es la elección de los medios para el cumplimiento de su misión. Yo no puedo continuar así. Primero impusieron el alejamiento del interventor en Buenos Aires; luego impusieron al ministro del Interior la eliminación de la Subsecretaría de Informaciones y Prensa, y también se realizó. Ahora exigen la renuncia del señor Nicolini, nombrado por el presidente a propuesta del ministro del Interior. Yo no estoy dispuesto a intervenir para que renuncie; prefiero irme a mi casa’.

“Como hiciera además de abandonar el salón dispuesto a renunciar, terciaron algunos generales presentes que atemperaron la discusión, y trataron de hacer desistir al general Avalos de su empeñamiento, tarea en la que se empeñó después la mayor parte de los jefes. Al final el general Avalos dijo que en vista de mi obstinación ‘desde mañana abandonaría el acantonamiento y pediría el retiro’.

“A esta altura se paró el teniente coronel Rocco y dijo que no le reconocía condiciones al señor Nicolini para ser nombrado director de Correos y Telecomunicaciones, y que en consecuencia desaprobaba tal designación, contestándole yo, que como la designación la hacía el Poder Ejecutivo, era a él a quien correspondía juzgar sobre la capacidad y condiciones del funcionario y que no podía aceptarse en manera alguna, que el gobierno, para hacer una designación, tuviera que pedir la previa aprobación de Campo de Mayo. Le dije más: que presentara cargos concretos contra el mencionado funcionario, que yo los haría llegar al ministerio del Interior y que estuviera seguro que si tales cargos se probaban lo exonerarían, pero era una evidente injusticia agraviar a un hombre gratuitamente.

“Se generalizó después la conversación en tono conciliatorio hasta que el general Avalos me pidió hablar a solas conmigo. Pasamos a mi despacho y mientras tomábamos un café me dijo: ‘A vos te conviene que yo me vaya’. A lo que contesté que no era cierto; yo no ganaba nada con su eliminación. Insistió en lo mismo agregando que yo había preferido a un civil que a los camaradas y que en consecuencia él se retiraba, a lo que le respondí que sólo defendía la justicia y que lo que pedían era a todas luces injusto. En ese momento entraron algunos jefes y el general, poniéndose de pie, me dijo; ‘Como general no tengo sino una palabra: mañana a primera hora te mando mi solicitud de retiro. Está tranquilo que no voy a hacer nada. Para mí esto ha terminado’. Y salió del Ministerio. Todo esto ocurrió en presencia de varios jefes. A las 11 de la noche el general Avalos habló por teléfono desde Campo de Mayo y ratificó que al día siguiente traería su solicitud, que no haría nada y que me mandaba un abrazo.

“Como ese día cumplía yo años y mis jefes, oficiales y suboficiales me habían preparado un lunch para entregarme un escudo de oro de recuerdo, hice un viaje rápido hasta la Casa de Gobierno para informar al presidente lo ocurrido, y regresé al Ministerio recibiendo el obsequio y retirándome luego a mi domicilio, a las 13 y 30 horas.

“Lo que pasó esa noche en Campo de Mayo, lo ignoro, pues yo no confiaba en la palabra empeñada del general Avalos de que nada haría.

“El día 9 de octubre a la mañana recibí la información de que en Campo de Mayo había reunión de jefes y que habían decidido que el general Avalos entrevistara al presidente para exigir mi renuncia. Me trasladé a la Casa de Gobierno y allí le dije al presidente: ‘Mi general, sé que Avalos viene a plantearle mi renuncia; yo estoy decidido a renunciar ya mismo si la tranquilidad del país y la estabilidad del gobierno lo muestran conveniente; tiene usted ésta mi decisión en sus manos’. El general Farrell me contestó: ‘Si es preciso yo también me mando a mudar, que se arreglen ellos’.

“Luego anunciaron la llegada de Avalos; yo me retire a antecorredores y ellos hablaron, cuando terminaron, el general me confirmó la información y dijo que él iría a Campo de Mayo a hablar con los jefes. Le volví a repetir que tenía mi renuncia en sus manos y que yo estaba decidido a irme a mi casa. El general partió, al parecer decidido a resistir el ultimátum que le presentara Avalos. Yo fui al Ministerio y desde allí seguí paso a paso las informaciones mientras constituía el comando de A.O.P. para el caso que el presidente resolviera sofocar por la fuerza el motín. Muchos jefes me aconsejaron reprimir sin más el alzamiento, pero contesté invariablemente: que esa decisión estaba en manos del presidente y que el coronel Perón no haría matar un solo hombre por defender su posición personal.

“Entre tanto, en previsión de que el presidente lo dispusiera, se había preparado la orden de represión para todas las tropas (Colegio Militar, Escuela Motorizada, Primera División de Ejército, Segunda División de Ejército, Escuela de Mecánica, Batallón Motorizado de Vigilancia del Interior N° 1, Regimiento de Granaderos a Caballo y otras unidades menores). Disponíamos de tropas leales suficientes para liquidar pronto la situación y las medidas preparatorias estaban tomadas, sin contar, que la Tercera División de Ejército podía concurrir en horas desde Paraná, donde estaba reunida. La aviación había abandonado El Palomar por la proximidad de Campo de Mayo y se había reunido en el aeródromo de emergencia de Morón. Disponíamos de 24 Glenn Martín de bombardeo (según informe del brigadier De la Colina) con bombas hasta de 500 kilos, además de otras diez máquinas del mismo tipo de la armada, que concurrían de Punta Indio. Con ello, en caso de represión; podíamos reducir Campo de Mayo en poco tiempo. Todo dependía de la decisión del presidente.

“Hacia las 17 y 30 más o menos, llegaron al Ministerio, provenientes de Campo de Mayo, el general Von der

Becke y los ministros del Interior y de Obras Públicas, general Pistarini. Pasó primero el señor general Von der Becke y comenzó a decirme cuál había sido su actividad, con el evidente propósito de evidenciar su preocupación y preparar lo que me diría después el general Pistarini.

Yo le interrumpí:

“—¿Cuál es la decisión el general?”

“—Eso le transmitirá el general Pistarini— me contestó.

“Se paró y salió del despacho, entrando aquí.

“El general Pistarini también pretendió entrar en circunloquios y le espeté a boca de jarro:

“—¿Cuál es la decisión del general?”

“—El cree que conviene su renuncia— me contestó. Llamé, a mi ayudante de campo y le dije:

“—Al jefe de operaciones, que detenga todo movimiento de tropas y que retornen a sus cuarteles; tráigame papel para escribir mi renuncia.

“El ayudante salió a cumplir las órdenes y el general Pistarini me dijo que era mejor que dijera que renunciaba por el llamado a elecciones que se había decidido ya; que me retiraba para actuar desde fuera del gobierno. Le contesté: ‘Mi general, no interesa la causa más que a mí’.

Y escribí: ‘Excelentísimo señor presidente de la Nación: Renuncio a los cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión con que vuestra excelencia se ha servido honrarme’, y firmé. La entregué al general Pistarini y le dije: ‘Se la entrego manuscrita para que vean que no me ha temblado el pulso al escribirla’. Se había cerrado un capítulo de mi vida. Di gracias a Dios por haberme permitido hacerlo sin sacrificar una sola vida en holocausto de la irreflexión o el apasionamiento.

“Llamé al personal, abracé con lágrimas en los ojos a cada uno de esos nobles amigos y partí tranquilo hacia lo desconocido que suponía no sería muy sonriente porvenir.

“Caravanas de amigos, jefes y oficiales desfilaron por mi domicilio el 9, 10 y 11 de octubre. Los sindicatos, los obreros, los empleados, llorando conmigo me advirtieron que las masas obreras estaban intranquilas y que pasaría algo grave. Les pedí calma. El 11 a la mañana me llamó por teléfono el presidente y fui a entrevistarlo. Le prometí hablar por radio a los trabajadores para calmarlos. A las 19 horas había 70.000 obreros frente a la Secretaría de Trabajo; en cuatro horas la noticia había llegado a los más próximos y ellos prefirieron oírme de viva voz. Allí les pedí calma y que siguieran el consejo de siempre: ‘de casa al trabajo y del trabajo a casa’.

“Había terminado su misión oficial el primer secretario de Trabajo y Previsión, que tuvo la insigne honra de ser proclamado por los obreros criollos ‘el primer trabajador argentino’, y cumpliendo lo aconsejado ‘del trabajo me fui a mi casa’.”

7. El epílogo de una traición

En este aspecto dejamos al propio coronel describir los hechos desde su renuncia hasta el momento en que el pueblo levantado exigió su libertad, avanzando sobre la Capital desde todo el país en lo que llamaron la “Marcha de la Verdad” al grito de “Queremos a Perón”, “Perón sí, otro no”, “Abajo los traidores”, “La cabeza de Vernengo Lima”, “Con Perón y con Mercante, la Argentina va adelante”, “Que renuncie Avalos”, etcétera.

Nada de este movimiento fue organizado ni preparado. El coronel pidió a sus amigos los trabajadores, que no hicieran nada y se limitaran a cumplir el lema de acción obrera: “de casa al trabajo y del trabajo a casa”; “venceremos, no con la violencia, sino con la inteligencia y la organización”; “estemos siempre unidos y venceremos”. Ello se cumplió hasta que la clase trabajadora vio a su líder preso; después, espontáneamente la masa se agitó y se puso en marcha; nada la detendría, pues avanzaba con “la Verdad” y “la Justicia” y ya lo había dicho el líder: “montados en la verdad no necesitamos espuelas”.

Anotamos de las memorias de Perón, la transcripción cronológica de los hechos desde su renuncia hasta la apoteosis obrera de la Plaza de Mayo del 17 de octubre de 1945, donde los trabajadores unidos, en una masa de

más de medio millón de hombres, cambió el curso de la historia argentina.

“En la infinita gama espiritual de los seres que conducen o creen conducir a otros hombres –dice el coronel– existen dos extremos: el caudillo, verdadero conductor porque Dios lo armó para ello de dotes imponderables, y el usurpador que sin calidades ni cualidades pretende serlo, a pesar de que la naturaleza le haya negado ‘el óleo sagrado de Samuel’. El primero conduce, el segundo es conducido por la masa. Uno engendra orden y obediencia, el otro lleva a la disociación, al desorden y al caos.

“El caudillo se impone paso a paso en la obra, en la acción constructiva. Es generalmente un estadista en el fondo y la justicia es para él un sentimiento innato. Es leal hasta consigo mismo y construye sobre cimientos firmes; éxitos o insucesos pueden alterar su acción, pero él llega siempre a un objetivo porque sabe lo que quiere.

“El usurpador necesita del motín y la violencia; obra en la sombra; es desleal y a menudo traidor, y construye sobre arena. Una derrota pasajera se convierte para él en la ruina definitiva.

“Uno obra por intuición, con inteligencia y método; el otro, por presión, sugestión externa o arranques irreflexivos. El primero es también artífice de su destino, el segundo es juguete de los otros y de los acontecimientos. Uno es martillo, el otro es yunque.

“El caudillo triunfa en el mando o en el llano, porque su reino no es de la materia sino del espíritu. ‘Gobierno más que el rey –decía un célebre caudillo francés–, porque mando sobre las almas’.

“Presentada mi renuncia –dice el coronel Perón–, salí del Ministerio de Guerra un poco entristecido por la creencia de que el Gobierno había cometido un grave error que no tardaría en arrojar peligrosas consecuencias.

“Los hechos históricos de la vida de los pueblos no se manejan con la displicencia de una estancia, ni la irreflexión de una partida de caza. Es menester conocer –base para distinguir–; distinguir –base para apreciar– y apreciar –base para resolver–. Las grandes decisiones deben ser, por lo menos, un poco racionales, sazoadas con la experiencia y la previsión y adornadas por el sentido común.

“Nada de esto tenía en mi concepto, el acto resultante del ‘motín de Campo de Mayo’, ya que analizado en sus orígenes y consecuencias se trataba solamente de un caso de ‘histerismo colectivo’, complicado con intereses personales o de círculo.

“Yo pensaba, ahora sé, que con fundamento, que las consecuencias de ese acto serían la pérdida del equilibrio creado a la Revolución y con ello el comienzo de una época de decisiones inconexas y contradictorias, como asimismo el desencadenamiento de pasiones, acciones y reacciones, que llevarían al país al borde si no a la guerra civil misma.

“Pensaba también que, tratándose de servir al país, no eran horas de enconos ni amor propio, ni tampoco momento para amplificar pasiones personales. En ese sentido estaba resuelto a seguir cooperando ‘desde el llano’ con la mejor buena voluntad de que fuera capaz.

“Con estas tribulaciones y reflexiones llegué a mi casa, con el profundo dolor que sobre mi espíritu pesaba la circunstancia de verme arrojado del Gobierno por los propios camaradas que, el día anterior, tenían depositada en mí su confianza, a la que nunca había defraudado. La incomprensión de esa gente me apenaba. Su ingratitude me entristecía y su deslealtad me producía la mayor desilusión.

“Los jefes y oficiales conocían mejor que yo el Ejército que recibimos en 1943 y sabían también lo que desde entonces hicimos por llegar al que tenemos hoy. Yo podría ser un mal hombre, pero no un mal ministro de Guerra. El pensar que a los jefes y oficiales les interesara más un nombramiento de funcionario que la eficiencia y el progreso del Ejército, era una cosa que yo no alcanzaba a comprender.

“Sin embargo, en base a mis antecedentes de soldado y caballero, que no faltó jamás a su palabra, esperaba que se me tuvieran las elementales consideraciones. Había pedido mi retiro del Ejército y resuelto descansar y curarme, cosas que mis anteriores cargos no me habían permitido hacer.

“Cuando llegué a mi casa, ésta se encontraba atestada de oficiales y dirigentes obreros que, con lágrimas en los ojos, expresaban su indignación. Allí se hablaba de levantar al Ejército porque se decía que Campo de Mayo había aprovechado mi decisión de no exponer la vida de un solo soldado por salvar mi situación personal, para obtener soluciones que satisficieran las peores ambiciones de un círculo de hombres que serían fatales a la Repú-

blica. Los obreros estaban decididos a ‘parar el país’ y hacer una huelga general revolucionaria sin precedentes en la historia argentina

“Calmé como pude a todos. Si yo, con todos los resortes de la fuerza en la mano, que hubieran permitido reducir a Campo de Mayo en pocas horas, me negué a hacer matar un solo hombre, por salvar una situación que si bien era del país, podía interpretarse como personal, no podía pensarse que fuera tan torpe como para encabezar una revolución ahora. Sin embargo como el sentido común no es el más común de todos los sentidos, he sabido después que se me consideró conspirando contra el Gobierno, desde mi casa. Mis temores tenía, que ello sucediera, y como la afluencia de jefes y oficiales a casa seguía en aumento alarmante, como asimismo las legiones de trabajadores traían verdaderas invasiones a mi pequeño departamento, resolví el día 11 de octubre tomarme unos días de descanso en el Tigre, en la isla de un amigo.

“Salí de mi casa el 11 de octubre a la tarde y pasé la noche en Florida, en casa de un amigo, a fin de desligarme de compromisos y visitas, pues mi estado físico no era bueno.

“El 12 de octubre a la mañana temprano, en una lancha particular, me trasladé a la isla mencionada y allí me instalé dispuesto a descansar unos días.

“Como no tenía nada de qué acusarme, le encargué a mi gran amigo, teniente coronel Mercante, que al día siguiente fuera al Ministerio de Guerra y le dijera al ministro que si me necesitaban estaba en la isla pronto a concurrir donde fuera. No deseaba, eso sí, que se supiera públicamente, porque anhelaba estar tranquilo.

“Esa misma noche, a la una de la madrugada, llegaba a la isla el coronel Aristóbulo Mittelbach, jefe de Policía, y en nombre del presidente me comunicaba que debía acompañarlo. Se trataba, según dijo, de trasladarme a un barco de guerra. Le dije al coronel Mittelbach que no esperaba ese agravio y que le rogaba dijera al presidente que no deseaba ser sacado de mi jurisdicción o, en caso que se me acusara de algún delito, como funcionario, prefería que se me trasladara a Villa Devoto.

“El jefe de Policía, visiblemente molesto y apenado me dijo: que no creía que se me detendría y prometió hablar con el presidente. Entre tanto yo permanecí en mi casa, a la espera de la resolución, mientras me vestía.

“A las 2 y 30 llegó a mi casa el subjefe de Policía, quien en nombre del presidente me dio su palabra de honor, de que por esa noche debía ir a la cañonera ‘Independencia’ y que al día siguiente sería trasladado a un alojamiento más de acuerdo con mis deseos.

“Partimos hacia Puerto Nuevo, me embarqué y con centinela de vista fui trasladado a Martín García (Presidio Naval) y alojado allí en una vivienda destinada a presos militares, con dos centinelas y el servicio correspondiente. Mi estada en la isla fue de grandes satisfacciones espirituales y estoy reconocido a mucha gente humilde de aquel penal, como asimismo a los camaradas de la infantería de marina, que sólo cumplían órdenes superiores.

“Desde mi alojamiento de confinado seguía por la radio los acontecimientos de Buenos Aires mientras comenzaba a sufrir algunos dolores en la espalda, provocados por la humedad del ambiente y lo precario de la habitación, donde la lluvia hacía sus ‘incursiones’ por las ventanas.

“Desde allí pasé al ministro de Guerra mi primera nota que decía:

“Isla de Martín García, —14 de octubre de 1945.— A S.E. el señor ministro de Guerra. Comunico al señor ministro que el día 12 de octubre a la noche he sido detenido por la Policía Federal, entregado a las fuerzas de Marina de Guerra y confinado en la Isla de Martín García.

“Como todavía soy un oficial superior del Ejército en actividad y desconozco el delito de que se me acusa, como asimismo las causas por las cuales he sido privado de libertad y substraído de la jurisdicción que por ley y mi estado militar me corresponde, solicito quiera servirse ordenar se realicen las diligencias del caso para esclarecer los hechos y de acuerdo a la ley disponer en consecuencia mi procesamiento o proceder a resolver mi retorno a jurisdicción y libertad, si corresponde. Juan Perón, coronel”.

“Sin recibir contestación, permanecí hasta que el señor presidente Farrell mandó a Martín García al capitán cirujano Miguel Angel Mazza, para revisarme e informar. El día 16 de octubre a mediodía, llegaban nuevas visitas: el capitán Mazza, acompañado de un teniente de navío y los doctores Romano y Tobías, que debían revisarme. En tales circunstancias aprecié la situación y llegué a la conclusión que el ministro de Marina, que era quien enviaba los dos médicos civiles, tenía la intención de hacerme ‘manosear’ con dos ‘galenos’, a los

cuales no conocía, y, por lo tanto, no me merecían confianza alguna, como paciente. Me negué en consecuencia a dejarme revisar y le manifesté al mencionado teniente de navío, que le dijera al doctor Romano: ‘que si él fuera el coronel Perón y yo el doctor Romano, no habría aceptado la misión por ética profesional y por delicadeza personal’; no sé si el mencionado oficial lo transmitió, pero aquí lo ratifico.

“Como ese mismo día escuchara a cada hora un comunicado del Ministerio de Guerra que decía: ‘que el coronel Perón no se encontraba detenido’, remití al ministro de Guerra el siguiente telegrama:

“Comunico al señor ministro que mientras la radio anuncia que no estoy detenido, hace cuatro días que me encuentro detenido, incomunicado y con dos centinelas de vista en la prisión de esta isla”.

“A las 3y 30 horas del día 17 de octubre, por orden expresa del presidente de la Nación, en contra de la decisión del ministro de Marina, fui trasladado al Hospital Militar Central, desde donde asistí al magnífico movimiento popular que dio por tierra con los hombres que por un golpe de audacia quisieron copar un movimiento que se había enraizado en la historia argentina y que, por lo tanto, no podía ser explotado por audaces superficiales, incapaces de penetrarlo y menos aún de llevarlo adelante. El repudio popular los aplastó en germen y tuvieron la culminación que merecían.

“Supe después que el ministro que tuvo la amabilidad de confesar que ‘él no era Perón’, era quien me había confinado en Martín García por su cuenta y que pretende justificar esa decisión afirmando que ‘ordenó que el señor coronel Perón fuese alojado en Martín García y que estaba detenido y había dispuesto que no recibiese visitas como medida de seguridad y que en ningún momento el causante estuvo en la Prisión Naval, ni en la isla Martín García, en calidad de prisionero’. ¡Que Dios lo haya perdonado!

“Ahora resulta que aquello era puro turismo y me explico, aunque tarde, que los dos centinelas que me observaron permanentemente, eran dos custodias para que no se atentara contra mi vida por parte del pueblo. ¡La mutabilidad de las muchedumbres! Ese mismo pueblo que el día 17 de octubre le obligó al almirante a vestirse precipitadamente en el comedor de la Presidencia y a abandonar la Casa de Gobierno vestido de burgués, y buscar refugio en un buque, mientras era perseguido por la multitud al grito de ‘la cabeza de Vernengo Lima’, después de intentar infructuosamente que se hiciera fuego sobre la muchedumbre de obreros. Evidentemente él no era el coronel Perón y quizá los dos estemos contentos con la suerte.

“El día 17 de octubre, desde el Hospital Militar, asistí a los hechos más trascendentales de toda la Revolución de Junio. Ellos llenaron todo mi corazón de argentino y de patriota: la Revolución hecha hacia dos años y cuatro meses por el Ejército había sido comprendida y había pasado al pueblo y, en consecuencia había triunfado. Numerosos camaradas del Ejército y de la Aeronáutica se hicieron presentes y durante toda la mañana disfruté del ‘perfume de la flor de la lealtad’, tan grata al corazón de los leales. Los jefes y oficiales del Ejército y Aeronáutica que repudian la ambición y la deslealtad estaban como siempre en su puesto con el honor y la firmeza de verdaderos soldados. Los amigos estaban también en su puesto y tuve la enorme satisfacción de saber que tenía amigos.

“El pueblo trabajador, al que deberé eterna gratitud, estaba en la calle e inspiraba a un poeta del pueblo, el poema de ‘Los descamisados’ que como él y yo sentimos el honor de la pobreza honrada”.

Marcha triunfal de los descamisados

por Pedro Argentino

Ya vienen, ya vienen

del Sud y del Este,

del Oeste y del Norte

bajo una bandera: la blanca y celeste.

La trae en sus manos el Pueblo Consorte

porque ella es la insignia de los corazones,

—Virgen impoluta—

la madre de tantos soldados campeones,
la flor y la fruta
y el fuego de todas nuestras concepciones.
Ya vienen, ya vienen
llenando las calles de la Vieja Aldea,
cubriendo el espacio de las diagonales;
sudor y marea
que brama sonora, descuaja y voltea
el barro y la escoria de los pedestales
que ya no soportan
los mitos sangrientos de los capitales.
¿Qué sueñan los hombres? ¿Qué quieren, qué anhelan?
¿Adónde los llevan sus pasos que vuelan?
¿Por qué van cantando la estrofa bravía,
sin mengua ni atajo,
donde se confunde la Soberanía
con las expresiones rudas del Trabajo?
Ya vienen en grupos. Ya crece y avanza
la fiel muchedumbre que llega sin lanza,
sin puños cerrados
y al grito de ¡Patria! dicho con amor,
fornidos y honrados,
las frentes altivas, los pechos sudados,
llenan de alegría la Plaza Mayor.
La plaza, la plaza,
allí donde un día despertó la raza,
se llenó de golpe por encantamiento.
Allí están los hombres, allí los hermanos,
allí el sufrimiento
de miles de cientos
y cientos de miles de manos.
Miradlos, son ellos:
los simples obreros de todas las cosas.

No cantan degüellos
sino victoriosas
palabras que nacen del fondo del pecho,
por las jubilosas
semillas que han hecho
floreceder espigas del inmenso erial:
doradas espigas: Trabajo y Derecho,
derecho a la vida, Justicia Social.
¿Quién es que los mueve?
¿Quién los acaudilla
que están en silencio como en la capilla?
¿Quién es el gigante que así determina
la ruta de todos los trabajadores?
Nada más que un hombre de estirpe latina,
el que necesita la Patria Argentina
para sus miserias, para sus dolores.
Ya vienen en grupos; ya no dan abasto
la acera, la fuente, la estatua y el pasto.
Se encienden las luces
y antorchas de fuego giran como bólidos
al aire agitadas por los brazos sólidos
de los que llevaban hasta ayer sus cruces.

(¡Oh Pueblo, mi Pueblo,
mi sangre, mi vida;
qué inmenso escenario para vuestra herida!
Seguidlo a ese Hombre que ya os acompaña
y el llanto de vuestras tristezas restaña).

Ya vienen, ya vienen
del Norte y del Sud,
del Oeste y del Este,
los trabajadores y la juventud

bajo una bandera: la blanca y celeste.

Ya vienen, ya vienen en grupos formados:

Son ellos, los simples obreros honrados,

del hierro y la fragua,

más puros que el viento, más limpios que el agua:

los descamisados.

“Desde mi llegada a Puerto Nuevo no escapó a mi percepción que en Buenos Aires había clima de tragedia. El verdadero pueblo estaba en la calle y había desaparecido, como por encanto, la turba de lechuguinos y damiselas empingorotadas, que días pasados asolaban la plaza del Prócer Máximo, en un picnic ‘champañero’ y revolucionario, pero intrascendente para los verdaderos argentinos. Eran los mismos que regateaban sus bienes a San Martín, cuando los gauchos ofrecían sus vidas, que era lo único que poseían. El coloso debió mirarlos desde el bronce, pensando que la historia suele repetirse. Los verdaderos soldados velaban en pie con el arma al brazo los destinos de la Nación desde sus cuarteles, mientras algunos ‘guerreros de club’ pretendían aconsejar al Gobierno actitudes que ellos eran incapaces de comprender y menos aún de ejecutar. Oscuros personajes de cerebro marchito y corazón intimidado se unieron a esos ‘revolucionarios de utilería’ y completaron el grotesco panorama de una representación de Don Juan del arte decadente y ‘machietista’.

“Desde el Hospital Militar percibía los gritos de los trabajadores y mi corazón se llenaba de satisfacción: ellos, en quienes yo había puesto mi fe y mi amor de hermano y argentino, no me defraudaron a mí, como no han defraudado a la Patria, a quien han dado su grandeza con sus sudores germinantes y generosos. ¡Ellos también le han dado todo sin pedirle nada! a semejanza de los grandes de nuestra gesta gloriosa.

“Yo debía calmar a las masas obreras que, reunidas en la Plaza de Mayo a usanza de históricas jornadas, reclamaban sólo la libertad del coronel Perón. En vano el general Avalos, ministro de Guerra, se había expuesto desde los balcones de la Casa de Gobierno, al pretender hablar, a una rechifla general, acompañada de epítetos poco confortantes.

“Exigí a las 11 horas que se pusiera en libertad al teniente coronel Mercante, para conversar con él sobre la conducta a seguir. Debía venir desde Campo de Mayo, lugar de su prisión. A las doce horas almorzábamos juntos en mi alojamiento. ¡Con cuánto placer abracé a este noble amigo a quien no veía desde el momento en que me embarcaba en la cañonera ‘Independencia’, donde en triste trance, tuve también la dicha de abrazarle y leer en sus ojos el dolor y esa lealtad que es sólo lo que hace grande a los hombres!

“Llegó también el general Avalos, ministro de Guerra, quien conversó sobre la situación y me expresó sus deseos de que hablara al pueblo para calmarlo e instarlo a que se retirara de la Plaza de Mayo.

“Al atardecer me llamó por teléfono el general Farrell con el mismo objeto y me visitó el general Pistarini, siempre con el amplio espíritu patriótico que lo anima, y el oportuno consejo de su experiencia y buen juicio. Ello me reconfortó, porque le reconozco a este gran soldado, aparte de sus extraordinarias aptitudes, una hombría de bien jamás desmentida en sus largos años al servicio de la Nación.

“Llamé a los dirigentes obreros, consulté con ellos y con ellos me trasladé a la residencia presidencial, donde me esperaba el presidente con su abrazo cordial de siempre. Allí tratamos los pormenores de un arreglo, porque los obreros apreciaban que todos, incluso el general, habíamos sido traicionados por agentes de la oligarquía y exigían en consecuencia la renuncia del gabinete y la eliminación de esos hombres manchados por la traición. Así se hizo, organizando un nuevo Gobierno del cual quedaron excluidos.

“A las 23 horas el excelentísimo señor presidente anunciaba solemnemente, desde los balcones del Palacio de Gobierno, su decisión de satisfacer las justas demandas del pueblo, burlado por los acontecimientos de tan triste memoria para los hombres de corazón bien puesto.

“A las 24 horas me dirigí a ese pueblo por el que siento un amor sin límites, porque lo considero la Patria misma. Estaban presentes los ‘descamisados’ y estaban ausentes los ‘encamisados’. La naturaleza con su determinismo irrefutable, había realizado una magnífica selección y todos estábamos satisfechos de ello.

“Fue en esas circunstancias cuando la enorme muchedumbre preguntaba insistentemente: ¿Dónde estuvo?

Yo preferí buscar una explicación a lo inexplicable, con el deseo de tranquilizar la masa. Hoy puedo decirlo francamente y agradecer a la inconsciencia de algunos hombres irresponsables, que me hayan dado la ocasión de probar una prisión que, en último análisis todo suele enseñar en esta vida. En la existencia de los hombres públicos, suelen aparecer enemigos beneméritos. En la mía hay algunos a quienes nunca agradeceré suficientemente. De lejanas regiones vino uno prepotente y falaz, para dejar en mis manos la bandera de la soberanía de mi Patria. De mi tierra surgieron otros para entregarme la bandera de la lealtad y hasta apareció uno, a quien el encono lo llevó a la insensatez de hacerme mártir. A todos ellos mi profundo agradecimiento.

“Demos gracias a Dios que en su sabiduría y misericordia infinitas haya creado hombres y hombres...”

8. La fe en los juramentos

“El motín de Campo de Mayo estaba previsto”, se ha dicho con insistencia digna de ser oída. Después de producido, hasta apareció un político silencioso de tierra adentro, a quien se le despertó una locuacidad, declarándose autor e inspirador del hecho. Pero había causas poderosas para sentir cierta repugnancia por la incredulidad.

El coronel lo dice también en sus memorias:

“Tenía mis temores secretos sobre la lealtad de Campo de Mayo, pero debía hacer honor a la caballerosidad y al juramento solemnemente realizado. Ello me exigía una conducta prudente, pero en algo hay que creer en la vida y entonces uno está inclinado a creer en mentiras cuando no encuentra verdades para creer.

“La fe en los juramentos, más que una convicción, debe ser una naturaleza en los hombres bien nacidos. Cada uno responde de su conciencia y rinde cuenta de sus actos; por ello no debe negarse a priori sino juzgarse a posteriori todas las cosas que están ligadas al honor de las personas. Será una aberración pero hay un convencionalismo sin el cual la vida no podría ser vivida con dignidad.

“El juramento era secreto, pero hoy pertenece a la historia y el documento original forma parte de mi archivo particular. Contiene el siguiente texto:

“En Palomar, a los cuatro días del mes de marzo del año mil novecientos cuarenta y cuatro, frente a los peligros actuales y a los enemigos de la Revolución, ante Dios y la Patria,

“JURO:

“Primero: Servir incondicionalmente a la unión y solidaridad de las fuerzas armadas de la Nación.

“Segundo: Reprimir enérgicamente toda forma de disensión o conspiración que intente provocarse entre las tropas de mi mando.

“Tercero: Ceder mi puesto sin resistencias cuando así lo estimen mis superiores naturales o cuando a mi juicio haya perdido el prestigio ante mis subalternos.

“Asimismo, y a fin de disipar toda clase de dudas, convengo y acepto:

“Primero: Que el señor general de división, don Pedro Pablo Ramírez ha dejado de ser definitivamente jefe de la Revolución y, en consecuencia, presidente de la Nación.

“Segundo: Que en su reemplazo corresponde este alto cargo al señor general de brigada don Edelmiro J. Farrell.

“Tercero: Que por tales motivos y a partir de este momento, cumpliré las órdenes de su ministro interino de Guerra, el señor coronel don Juan Perón.

“Si alguna vez faltare a este solemne compromiso de honor, que Dios, la Patria y mis camaradas, me lo demanden”.

“Encabeza las firmas de este documento, el jefe del Acantonamiento de Campo de Mayo, general Eduardo Avalos, y siguen las firmas.

“¿Cómo habría de dudarse y cómo era posible encontrar explicación a una duda!

“Lo que no he podido explicarme hasta ahora, es por qué Campo de Mayo se amotinó para pedir mi renuncia, cuando desde el primer momento yo la ofrecí espontáneamente. Tampoco he podido explicarme las causas por las cuales no se me dijo claramente lo que se tramaba y se puso como pretexto el nombramiento de un funcionario, asunto que por su futilidad, no resistía el menor análisis. De haber procedido francamente, yo les hubiera obviado el camino con mi eliminación inmediata. Máxime cuando tenía la persuasión más absoluta que fracasarían irremisiblemente, porque conocía la inconsistencia mental de los hombres que concebirían las cosas y la incapacidad de los llamados a realizarlas. Ello tampoco escapaba a la percepción del general Farrell, quien ya me había ‘abierto los ojos’ sobre el proceder de algunos hombres.

“Pero quizá sea mejor que todo haya sucedido como fue. Hay una providencia que vela por el bien, con una sutileza que los mortales rara vez estamos capacitados para penetrar y comprender en los detalles de sus misteriosos designios.

“Más que nada se trató aquí de ‘una maniobra’ de baja politiquería, tramada por los desplazados, por intermedio de personeros. Un gobierno que improvisa tiene necesariamente que desplazar a muchos incapaces, que hasta el momento de los hechos fehacientes aparecen con la máscara de una aparente capacidad y a menudo encubiertos por un halo de suficiencia, que se desvanece prontamente a la luz de la acción.

“Una propaganda interesada e insidiosa se había esparcido entre el personal de Campo de Mayo, saturado de suspicacia, una atmósfera de ‘chismes’ y calumnias, siempre peligrosos frente a quien no antepone su discernimiento a las afirmaciones que especulan con la credulidad superficial de los hombres. Muchos víctimas de la sugestión colectiva, sobre la que especula la propaganda siniestra de nuestros días al servicio de las causas y pasiones más viles pueden haber creído las especies lanzadas y haber obrado de buena fe. Ellos cayeron víctimas de su propia desgracia, porque desgracia es no ver más allá y servir de instrumento a los mal intencionados y a los indignos, con el convencimiento del bien obrar, a que nos lleva nuestra propia miopía espiritual o estupidez congénita.

“La propaganda de nuestros días consiste en crear una ‘verdad aparente’ con qué tapar la ‘verdad real’, así al desaprensivo transeúnte se le dice: ‘esto es lo mejor’ y él acepta subconscientemente que lo sea. Tan pronto como reflexione el mito se destruye.

“Hay países que han creado así una frase hecha ‘lo mejor del mundo’. Ellos poseen lo mayor y lo más pequeño del mundo; el más rico y el más pobre; lo más negro y lo más blanco, etcétera. La humanidad que recibió de Dios el discernimiento lo desperdicia siempre y de ello nace el fenómeno de sugestión colectiva que hace eficaz esa propaganda que, en el fondo no pasa de ser, en el noventa y nueve por ciento de los casos, un sofisma al servicio de los intereses inescrupulosos.

“Así también, mediante esa propaganda falaz y destructiva realizada en las masas, la conducción de los pueblos ha pasado no a los hombres virtuosos y capaces, sino a quienes disponen de mayores medios para engañar a los pueblos y ponerlos al servicio de sus intereses personales y, a menudo, al de objetivos inconfesables.

“Instar a que los hombres discernan antes de aceptar, es también hacer patria y sobre todo amar al prójimo.

“En Campo de Mayo había sucedido algo parecido. Muchos estaban intoxicados por una prédica constante que finalmente vulneraría los espíritus superficiales e incapaces de pensar por sí. Otros en cambio resistieron exitosamente y se mantuvieron fieles a sí mismos y a sus convicciones.

“Es claro, que cuando existe un juramento de por medio, no se trata de creer o no creer, sino de cumplir para no caer en el deshonor del perjurio o, por lo menos, desligarse caballeramente de ese juramento, para poder salir por la única puerta que la dignidad ha dejado abierta”

Hasta aquí la palabra sobria del coronel. Los hombres tienen una trayectoria preestablecida y sobre ella juegan los dones que Dios les ha asignado, con mayor o menor fortuna, pero es inútil luchar con la Providencia, ya que no nace el hombre que escapa a su destino.

La verdad es fuente eterna de sabiduría, de honor y de felicidad. Sin embargo, los hombres veraces no abundan y el mundo está poblado de mentiras. Reconocemos en el coronel Perón a un hombre que no ha faltado jamás a la verdad. Ello es el valor fundamental de cuanto afirma y la razón de ser esta publicación que sólo aspira a hacer luz sobre hechos históricos, que ni la maldad, ni la falsedad de los hombres, pueden cambiar.